

Enterados. A lo que iba, yo te había ofrecido mi habitación y hasta un hueco en mi cama, tú en China, yo en Etiopía (antes Abisinia) y aduje para apoyar mi oferta facilitarte los cuidados a mi pobre cuerpo, tan malcompuesto y tan irregular en su funcionamiento, pero me saliste filosofando y hablándome de la virtud.

—¿Tú virtuosa, tía...?

—Yo virtuosa, tío...

—Pero si...

—Pero si, ¿qué?

—No, nada.

Una vez, en un descanso entre clases, habíamos hablado de la doctrina de Pitágoras. Aristóteles cuenta del de Samos que fue el primero en emprender la discusión sobre la virtud, pero que no lo hizo rectamente porque al referir las virtudes a los números no adoptó un método adecuado, ya que la justicia, por ejemplo, no es un número cuadrado. Cuando dijiste estas palabras, te pregunté por qué causa o razón la justicia no podía ser un número cuadrado, que a mí la justicia, en los mejores casos, se me antojaba siempre cuadrada, cuando no —para desgracia de todos—, desnortada y zigzagueante.

Patricio, el rojo, —buen nombre para un comunista— al oír mis palabras me dio una palmada en el hombro y me convidó un cigarro, mientras afirmaba con la cabeza y decía:

—Exacto, exacto, exacto...

Y tú, suripanta, horizontal, carnaza de burdel, que andabas loca porque el camarada Patricio ni maldito el caso, que alto.

—¡Alto, Jorgito! Tú de fumar, nada. Si te fumas ese cigarro me pierdes, escribo a tu madre y dejo de cuidarte.

Y yo encendí el cigarro, a ver...

Pero a lo que íbamos, yo estaba dispuesto a compartir contigo pastoforio y catre y tú que no, que eras una mujer honesta, que no estabas tarada de mente como yo y que no requerías expansiones de sexo. ¡Ostras...! Si todos sabíamos..., si todos estábamos al cabo de la calle..., si era fehaciente, público y notorio... Mira, mejor dejarlo. Te negaste a vivir conmigo y a partir de entonces, los fines de semana, ni verte. Sólo estabas a mi lado, con tu sonrisita de niña honesta, las horas de clase y por las tardes, de cuatro a siete. Incluso un día en que me retrasé hablando con el Patricio y la Sara, anduviste con prisas —yo ya lo sabía, me entretuve con los camaradas para dar confirmación a mis sospechas— y te fuiste de mi piso sin darme el baño de pies, lo que provocó las protestas de Eugenia:

—Señorito, tanta prisa en que ponga una el agua a bullir y en que prepare el lebrillo y cuando está todo listo, adiós, muy buenas, se va antes de que usted asome.

Laura, Laura... He llegado hasta quererte, fíjate, pero hoy todo ha concluido. Eres falsaria, enredadora, ser de pésima índole. Lo del placebo me ha llegado al alma, no es lícito pasar por ello. ¿Acaso fue idea de aquel loquero infausto o del cardiólogo que ignoraba la existencia de cabos más allá del ejército y de las artes de la navegación? ¿Acaso fue un golpe de ingenio tuyo? ¿O lo has leído en algún tratado médico-filosófico

o en *La Curación por el Espíritu*, de la Baker-Eddy, fórmula para sanar por sugestión, dando a ingerir al enfermo cápsulas sin contenido alguno?

Laura, Laura... Ayer, sábado, se me cayó al suelo la venda que me cegaba los ojos y veo todo claro. Lo veo todo lleno de luz, como distinguía el buen Parménides el día y aún la noche, puesto que ninguno de ellos participaba de la nada, esa nada que absorbes tú, íntegramente tú, identificada con la mentira... Si vuelves a aparecer por esta casa, te daré así en la boca... Ya ves cómo estoy. Sigo con las manos en la frente y ya ha caído la tarde, pienso con indignación en ti y de pronto noto sobre mi hombro izquierdo un calor complaciente que llega desde la ventana. Son los rayos oblicuos de un sol en decadencia, el sol poniente, rojizo como tu cabellera, que derrama su sangre sobre un mundo deprimido, un ocaso de matadero, de día asesinado cuya sangre se esparce por las ciudades y los campos convertidos en extensa jamerdana. Pienso que el sol puede pudrirse y vuelvo a abrir el libro de los presocráticos y leo un párrafo de Parménides que dice: *El pensamiento depende según prevalezca lo caliente o lo frío. El que procede del calor es mejor y más puro...* ¡Qué idiotez...!

Cierro otra vez el libro. No vendrás a verme mañana. Los domingos se los dedicas Dios sabe a quién o a quiénes. No estoy tan loco como para poder ser curado por simple sugestión, empleando placebos. Me has herido, Laura, me has hecho daño, no te perdono, ca. Repaso en mi mente desordenada la imposibilidad de un indulto y cuando menos lo espero, oigo dar de nudillos en mi puerta y pienso que será Eugenia, con su inmenso plato de coliflor frita y digo que adelante y te me apareces bajo el quicio de la puerta, te veo a escasos metros de donde estoy sentado, compruebo que has vuelto con tu aspecto de siempre, alta, escurrida de carnes, tu cabellera suelta como si fuese un pedazo del mismísimo sol agonizando en ti. Vas vestida con una falda escocesa, quizá del clan de los McFarland, en cuadros blancos y azules, y el resto de tu cuerpo se enfunda en un gregorillo rosa que esta vez, cosa rara, te cubre hasta el mismo cuello.

—Hola —dices—. Me ha fallado el plan de fin de semana y he decidido pasar por aquí y ver cómo está mi enfermo.

Y miras hacia la ventana y observas unos segundos la postración del día semimuerto, tendido sobre el mundo como un perro hemorrágico.

Permanezco en silencio, me quedo mudo, inmóvil como en catalepsia y, por fin —por hacer algo—, estiro una mano y tomo el frasquito de las cápsulas rojas. Digo:

—Bien, muy bien, este medicamento funciona excelentemente.

Y observo que tus labios se dilatan con tu peculiar sonrisa de harona, y das hacia mí un paso y me dices:

—Me alegro, Jorgín. Lo mejor de ese preparado es que no daña al hígado, como lo hacen los demás inhibidores del M.A.O.

—¿A qué Mao te refieres, al dictador chino?

—No, a la mono-amida-oxidasa, ya sabes... Puedes tomar cuantos te apetezca, seis, siete, los que te dé la gana, al día. Son ligeros como el aire, ¿a que sí?

—Ya.

Y caminas por la habitación, pensativa, sin abandonar tu extraña, tu perversa sonrisa, vuelves a mirar por la ventana, contemplas unos instantes más la puesta del sol y

comentas que los días son hermosos y que la vida merece la pena de vivirse, a pesar de todos los pesares y yo sigo sin perdonarte la estafa, la mentira, sigo en silencio y siento que me asalta una taquicardia desoladora que me obliga a odiarte, pero al mismo tiempo, me doy cuenta, soy consciente de que fuera, en la *rue*, no hay más que soledad y que el ocaso del sol ha hecho del mundo un muladar inmenso. Al fin, abandono el oído a la ternura de tu cuerpo y te lo digo:

—Laura, ¿nadie te ha dicho que tu ternura suena a melodía?

—Huy, no, qué suerte... ¿Te lo parece?

—Pues, suena, ya lo sabes... Brahms, Mozart, quizás alguna sonata de Beethoven...

Y ahora has dado la espalda a la ventana y llevas el malva del ocaso recogido en tu pelo, tú, sola y enmarcada en los infinitos horizontes de este mundo.

Dios, Dios, Dios, cuánta mentira...

—Sólo con verte me ha entrado una taqui horrible, Laura.

Y te vas alejando, pasito a pasito, de la ventana, te acercas a mí, me tomas una mano para palparme el pulso y me dices con tu sonrisa de pétalos que se abren:

—Tómame un par de capsulitas rojas, no te harán daño alguno y te calmarán. Yo bajo a decir a doña Eugenia que prepare el lebrillo con agua caliente para el baño de pies...

Jorge Ferrer-Vidal

